[illegible]DIA [illegible] VA.

L[illegible]S VIVANDERAS ILUSTRES.

POR DON ANTONIO VALLADARES.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Marqués de la Colina, General, y prometido Esposo de la Condesa de Villa-Serna, con nombre de Rosalia, Vivandera.
Gertrudis, hija de ésta, y del Marqués.
Jacinto, Soldado, y Conde del Rio.
El Coronel, hijo del Marqués.
Un Brigadier.
Un Sagento Mayor.
Un Ayudante.
Un Teniente, Padrino del Reo.
Quatro Capitanes.
Felipe, Tambor, Esposo de Jacinta, Vivandera.
Un Sargento.
Dos Criados del General.
Soldados.

JORNADA PRIMERA.

LA SCENA A VISTA DE BARCELONA.

El dia empieza á amanecer, aumentando sus luces poco á poco. Se oye el toque de la Alborada ó Diana, por tres cajas, y tres pitos en partes diferentes, y lejanos unos de otros. Los primeros bastidores de la derecha, y de la izquierda los ocuparán unas Barracas de Vivanderas arrimadas á algunos arboles gruesos. Las dos primeras de uno y otro lado, serán la de la derecha de Jacinta, y la de la izquierda de Rosalía, y su hija Gertrudis. Despues de ellas se verá un Campamento con muchas tiendas, y á lo ultimo vista de Mar, y á un lado parte de las murallas de Barcelona.

Sale Jacinta de su barraca esperezandose, y bostezando, como que acaba de levantarse.

Jac. AUN no sé si estoi despierta,
¡Jesus qué pesado sueño! *bosteza.*
¡Qué torpe estoi todavia! *se esperezа.*
Mas los agradables ecos
de las cajas y los pitos
saludan al Alba. ¡Bueno!
A fuera pereza, y
para despertar cantemos.
Canta. Si á la luz del dia
tributan su obsequio
las aves cantando,
las flores luciendo,
sean bien venidos
sus puros reflejos,
y el Criador bendito
que le hizo tan bello.

Al concluir saca la mesa
barraca, y sale de la [illegible]

Gertrud. Jacinta, felices dias.
Jacinta. Gertrudis mia, mui buenos
te los de Dios. ¿Tan temprano
levantada?
Gert. Amiga, el sueño
me venció: hoi no he podido,
como otros muchos lo he hecho,
salir primero que tú
á disponer los efectos
que nuestra industria previene
para vender, y lo siento.
Jacinta. Pues hija no debes creer
que en mí ha sido virtud esto;
sino porque como yá
estamos en el momento
de la retirada, y crece
el consumo en tanto estremo
de los víveres en ella,
he madrugado por traerlos
de la Ciudad. Mi Felipe
me lo encargó asi, y no quiero
venga de la Guardia, y me halle
aqui, pues sabes su genio,
y asi, Gertrudis, te encargo
que mientras él viene, ó buelvo,
me cuides de mi barraca.
A Dios amiga, hasta luego. *vase.*
Gert. El vaya contigo. Yá
es ora de que llamemos
á mi pobrecita madre,
para que traiga á este puesto
la provision necesaria. *(en accion de irse.*
Pero á Jacinto no advierto
en todos estos contornos.
¡Ah, qué poco sus afectos
corresponden á las ansias
con que se inflama mi pecho!
¿Pero qué he de hacer? paciencia,
y á mi madre despertemos.

Se entra en su barraca, y sale Felipe, Tambor, fumando un cigarro, y con el sable debajo del brazo.

Felip. Yá es de dia claro, y las cajas
nan ces.
que habrá yá la
á traer los estupendos
licores que la encargué,
y que no vendrá tan presto.
Asi veré si consigo
hablar un rato en secreto
con la señora Gertrudis,
que ha dias que lo deseo;
pues solicíto mediga
(que es el encargo que tengo
de mi Coronél) á qué ora
estará sola, pues creo
quiere venir disfrazado
amante, y con muchos pesos,
á poner sitio á esta Plaza,
aunque inutil lo contemplo.
El bueno del Señorito
está por ella muriendo;
como nuestro General
no tiene otro hijo, por esto
le consiente demasiado,
y es tan calavera. Pero
á otra cosa vamos. El
papel que yo represento
no es adequado á un Tambor
del nombre, y fama que tengo.
Mas hai plata y proteccion,
y el adagio verdadero
asegura, que en un saco
no caben honra y provecho.
Verdaderamente ¿qué es
el honor sin el dinero?
A mí me parece que es
como quien adorna á un muerto
de un esquisito vestido,
que no tiene lucimiento.
Solamente en este caso
me es mui sensible el mal tercio
que resultará á mi amigo
Jacinto, pues segun creo,
pretende unirse á Gertrudis
con el lazo de Himeneo:
y si es que llega á entender
mis buenos oficios, pienso
que ha de haber porrazo. ¿Y qué?
solo puede parar esto

en darnos quatro sablazos,
y es factible que con ellos,
el uno, ó los dos salgamos
de los cuidados molestos
que hai en nuestra religion,
quando se quiebra un precepto.
Pero aqui Gertrudis sale,
quiero entablar mi proyecto.

Sale Gertrudis de su barraca, y pone á su puerta una mesita, y sobre ella vasos, botellas, pan, y un plato con torreznos.

Gertrud. ¿Señor Felipe? Buen dia:
tan temprano? ¿Cómo es eso?
Felip. Hasta cerca de las tres
de la mañana, leyendo
estube, hermosa Gertrudis.
Gertrud. ¿Cómo? Yo estaba creyendo
no sabiais leer.
Felip. Si es de pluma,
ó molde la letra es cierto;
pero ninguno me gana
en el libro en que yo leo,
porque en sus quarenta folios
soi diestrísimo.
Gertrud. Yá entiendo:
habeis estado jugando.
Felip. Y he perdido.
Gertrud. Pues lo siento.
Felip. Eso no importa. Lo peor
es, que ahora me estoi durmiendo.
Ha, ha. ¿Pero mi Jacinta
ha salido?
Gertrud. Yá hace tiempo,
que fue á buscar los licores
á la Ciudad.
Felip. Eso mesmo
la encargué anoche.
Gertrud. Mi madre
tambien ahora debe hacerlo,
que acabando de vestirse
está.
Felip. ¡Qué lance tan bueno *aparte.*
para la idea, pues queda
sola en la barraca! Creo
bella Gertrudis que no
vendrá mi muger tan presto,
por lo qual usted es fuerza
me haga un favor.
Gertrud. Yo deseo
servir á usted.
Felip. A un amigo
hoi convidado le tengo;
conque ínterin que le traigo
disponga usted un almuerzo
regular; pero no falten
quatro botellas de Pedro
Ximenez, y Malvasía
esquisito; que en habiendo
esto de más, la comida
no importa que esté de menos.
Gertrud. Todo lo tendrá usted pronto,
y aseado.
Felip. Yo lo agradezco;
traeré aqui á mi camarada,
y un buen rato pasaremos.
Voi á que mi Coronél *aparte.*
no pierda este lance. Buelvo:
A Dios, Señora Gertrudis. *vase.*
Gertud. Guarde vuestra vida el Cielo.
Sale Rosalia. Hija mia aún es temprano:
y aunque hacen falta, tenemos
víveres; mas dí, ¿con quién
hablabas? porque yo creo
que antes de que yo saliese
alguien aqui habia.
Gertrud. Es cierto:
Felipe, nuestro vecino,
me ha dicho que haga un almuerzo
para él, y otro Camarada.
Rosal. No sabes bien lo que siento
que ese hombre te hable con tanto
cuidado, y tan grande anhelo;
pues me parece, hija mia,
que el Alba madruga menos
que él para solicitarlo,
y suelen venir los riesgos
de tal modo disfrazados,
que no es facil conocerlos.
Gertrud. ¿Pero qué causa teneis,
madre, para esos recelos?
Rosal. Yo he visto, y notado, que
mira con bastante afecto

su Coronél nuestra pobre
Barraca; y tambien observo,
que el favor, y proteccion
que ha logrado en tanto estremo
Felipe con este Gefe,
encierra mucho misterio.
Tú eres joven, hija mia;
te ha dado piadoso el Cielo
belleza, y prendas amables;
y estos favores contemplo
son otros tantos contrarios
que combaten nuestro sexo
tan debil, si la virtud
no es constante en mantenerlo.

Gertrud. Usted dice mui bien, madre;
mas persuadirme no puedo
á que Felipe á su dicha
aspire por unos medios
tan indignos, mayormente
tan íntimo amigo, siendo
de mí querido Jacinto;
y su muger no lo es menos
de nosotras.

Rosal. La esperanza,
y el interés, siempre fueron
los que hicieron vacilar
los mas sólidos talentos.
No hai honra, no hai amistad,
que el poder, y el valimiento
no consiga adulterar
para lograr sus deseos.
Nuestra infeliz situacion
me aflige y causa tormento;
no por la escasez de nuestra
suerte contraria, que llevo
resignada, sino por
el despotismo tremendo
con que un poderoso logra
avasallar al pequeño.

Gertrud. ¡Ah, madre querida! Nada
solicíto, nada quiero
mas, que venerar á usted,
y vivir siempre en el seno
de su maternal amor;
y si consigo, sin que á estos
vínculos falte, el sagrado
lazo, que me una al objeto
de mi amor, á mi Jacinto,
¿qué fortuna, qué contento
podrá compararse al mio,
quando ha tres años que se ha hecho
acreedor al dulce amor
de usted, sirviendola atento,
y respetandola como
el hijo mas dulce, y tierno?

Rosal. Mui bien dices, hija amada;
yo de tu sencillo afecto
á Jacinto juzgo digno;
y si le he dicho que quiero
que duren las esperanzas
de sus licitos deseos,
hasta que la retirada
llegue de este Regimiento,
no ha sido por retardarle
con tu mano el justo premio
que su honradez, virtud, y
valor merecen. Mi intento
es poderme cerciorar
de su hidalgo nacimiento
en el Reino de Aragón,
como ha dicho; pues sin esto
sería imposible fuera
tu espeso; porque pretendo
que aquel que lo haya de ser
corresponda por lo menos,
no á tu presente desgracia,
sino á tu merecimiento.

Gertrud. Señora, y amada madre,
yo he notado, yá hace tiempo,
que quando usted de esto me habla,
con un mudo sentimiento
lamenta un secreto, y grave
pesar que la hiere el pecho,
y la aflige. Sepa yo
la causa de este misterio,
que si no puedo aliviarla,
sentirla, Señora, puedo.

Rosal. Sí, hija mia; determino
manifestarte el secreto
que he tenido sepultado
en mi corazon. Resuelvo,
que para que á tu instruccion,
á tu aviso, y escarmiento
contribuya, descubrirte

mi

mi alma. ¡No, no estrañes estos
amargos suspiros! No
este llanto, y este exceso
de vergonzoso rubor,
que me usurpan los acentos;
porque son como preludios,
ó como exordio funesto
de la tragedia que voi
á expresarte. ¡Oh justos Cielos!
Atenta escucha á mis voces,
si es que articularlas puedo.

Gertrud. Pues hagalo usted por Dios.
¡Yo no sé lo que mi pecho *aparte.*
interiormente me dice!
Diga usted, que yá la atiendo.

Ros. Yo, amada Gertrudis mia, *(mirando antes á todas partes.*
soi la infelice: : *(llora.)*

Gertrud. ¿Qué es esto?
Prosiga usted.

Rosal. ¡Ah, hija mia!
¡Dejame que tome aliento;
porque al decirte quien soi,
destroza el dolor al pecho!
Yo soi la infeliz Condesa *(como antes.*
de Villa-Serna.

Gertrud. ¡Qué extremo *mui alegre.*
de gozo percibo! ¡Ay Dios!
Proseguid.

Rosal. Ese contento
le cambiarás en dolor,
hija querida, mui presto.
Condesa de Villa-Serna
naci. Consiguió mi abuelo
este titulo á su buelta
de América, como premio
de los notorios servicios
que contrajo en un Gobierno.
En Castilla estableció
su casa, en el mismo suelo
en que vió la luz primera,
que fue en la Villa de Olmedo,
adonde murió, quedando
mi padre por su heredero.
Murió mi madre tambien;
y despues de tan funesto
golpe para mi desgracia,
este mismo Regimiento
á que estamos agregadas,
llegó á mi lugar. ¡Ah Cielos!
¡Quién antes de esta desdicha
por fortuna hubiera muerto!
Su Coronél, que era un joven
mui amable, y mui discreto,
por cierta correspondencia
amistosa que tubieron
mi padre, y el suyo, ¡ay Dios!
vino á mi casa de asiento
con sus criados, y equipage.
Yo contaba en aquel tiempo
diez y siete años cabales.
La naturaleza, en medio
de tan tierna edad, me dió
más que mediano talento;
tal vez para que con él
hiciese un uso perfecto
de la hermosura con que
me favoreció en extremo;
que asi la llamaban quantos
con amor rendido, y tierno
aspiraban á mi mano,
que eran muchos; mas entre ellos,
el Coronél consiguió
la preferencia en mi afecto.
Correspondí á sus rendidas
expresiones; y en efecto,
bajo de los mas solemnes,
mas sagrados juramentos,
y más constantes promesas
de ser mi esposo: : ¡No puedo
explicarte mi desgracia
sin morir! En el silencio
de una noche coroné
con la posesion su anhelo
amoroso. Yá lo dige.
¡Sabe Dios quánto lo siento!

Gertrud. ¿Y qué despues faltó infiel
á su palabra, y á vuestro
honor?

Rosal. Sí, hija mia; todo
lo abandonó. El Regimiento
partió para Cataluña,
y él le siguió: dejó en premio
de mi delincuente amor
el fruto que desde el seno

de

de mis entrañas mostraba
ser, si inocente, el mas cierto
testimonio del delito
que cometió mi amor ciego!
¡Tú fuiste éste, infeliz hija
(el dolor rompe mi pecho)
de esta desgraciada madre,
que solo vive muriendo!

Gertrud. Señora, y madre querida,
no dé usted al sentimiento
lugar para que arrebate
su vida, que tanto aprecio.
Y digame usted, ¿por qué
no le reconvino luego,
ó qué escusas para tanta
infamia dió ese á quien debo
el sér? ¿Y cómo ha venido
usted á este tan adverso
destino, que tanto dista
de su crianza, y nacimiento?

Rosal. Todo te lo expresaré,
porque sirva á tu escarmiento.
Finalizada la marcha
le elevaron á otro empleo.
Yo le escribí varias cartas,
diciendole por extenso
mi situacion infelíz,
pero todas sin efecto.

Gertrud. Puede ser que arrepentido
á buscaros haya buelto.

Rosal. No, Gertrudis mia, pues
comandando en Gefe un tercio
de Tropas, supe pasó
á Italia; y despues, haciendo
diligencias por saber
su estado, y su paradero,
acabé de completar
mi desgracia.

Gertrud. ¿Y qué suceso
fue la causa?

Rosal. ¡El inhumano
casó en Italia!

Gertrud. ¡Tremendo
pesar, Señora! ¡Ahora si
que mi dolor es inmenso!

Rosal. ¡Sí, hija mia: se casó
el ingrato, le dió el Cielo
un hijo, y de mí jamás
se bolvió á acordar! Yo viendo
mi desdicha quise darme
una horrible muerte; pero
al contemplar inculpable
de aquel criminal exceso,
y perjura ingratitud,
se estremecia mi pecho.
A este cúmulo de males,
se siguió la muerte presto,
de mi padre. En un estado
tan vergonzoso, y adverso,
vendí mal toda mi hacienda,
y humilde trage vistiendo,
acompañada de un criado
fiel, y anciano, salí luego
fugitiva de mi Patria,
sin llevar destino cierto;
queriendo ocultar asi
de todos aquel defecto.
En esta violenta fuga,
y en los brazos de Lorenzo,
(nombre del criado) saliste
al mundo, donde el perverso
barbaro autor de tu vida
subsiste, segun entiendo;
bien que de él no tube mas
noticia en todo este tiempo.
A los tres años murió
mi criado; y este pequeño
alivio que me faltó,
duplicó mi sentimiento.
Conque yá sola del todo,
desconocida, y sin medios,
pues mi peregrinacion
apuró todo el dinero
que de mi casa saqué;
para buscar mi alimento,
y el tuyo, me ví obligada
á seguir este grosero
estado de Vivandera,
y me agregué á un Regimiento,
que marchó á Italia tambien,
habrá tres meses lo menos;
por lo qual me incorporé
á este, que partió al momento
á acamparse en Barcelona

con otros, porque temiendo
nuestro Gran Felipe Quarto,
(cuya vida guarde el Cielo)
que el Christianísimo Rei
destinara sus esfuerzos
contra Barcelona, quiso
prevenir para este riesgo
sus Tropas, y yá ha dos meses
que estamos aqui: por cierto
que al General que aqui vino
entonces, el que hoi tenemos,
que es Marqués de la Colina,
y tambiem padre de nuestro
Coronél, mudó, hace poco,
y aun no he conseguido verlo;
pero parece, á Dios gracias,
que fue aquel rumor incierto,
ó que nuestro invicto Rei,
y el de Francia se han compuesto,
pues vino orden de marchar
alzando el acampamento;
como yá se ha principiado
por algunos Regimientos;
y de un instante á otro aguardan
que mande partir al nuestro
el General. Esta es hija
mi historia infausta. El recelo
que de este Coronél joven
me asiste, mi pecho ha abierto
para que la sépas, y haga
cierto tu temor, sabiendo
que otro joven Coronél
causó la ruina, el tormento,
é infelicidad eterna,
que lloro, gimo, y padezco.

Gertrud. ¡Ah, madre querida mia!
¡Con qué infamia, y á qué precio
tan vil, llegué á recibir
la triste vida que aliento!
¡Qué cara me cuesta, y quánta
virtud, y constancia debo
unir á mí, para que
se confunda el vituperio
que heredé infelice, aun
antes de mi nacimiento!

Rosal. ¡No me aflijan mas, Gertrudis,
tus fundados sentimientos!
Y pues yá estás enterada
de nuestra afliccion, yo espero
resulte en tu beneficio.
Queda con Dios, que al momento
voi por los víveres que
requiere nuestro comercio
tan triste, y tan desgraciado.
Estas lagrimas no puedo
contener. A Dios. *vase.*

Gertrud. El vaya
con usted. ¡Qué sentimiento
me asiste! ¡Quántos pesares
siguen á un delito! Pero
¿por qué razon, por qué causa
debe tambien padecerlos
quien no concurrió á causarlos,
quedandose el verdadero
delincuente sin la pena
de su traicion? ¡Justos Cielos,
quánto ignoramos de aquellas
razones, que allá en el seno
de tu justicia infinita
nos ocultas! ¡Mas qué advierto!
La patrulla aqui se acerca,
y mi Jacinto. ¡Qué estremo
de gozo al mirarle esparce
en mi corazon mi afecto!

Sale el Sargento con quatro Soldados de Patrulla, siendo uno de ellos Jacinto.

Sarg. Tenga usted felices dias,
Señora Gertrudis.

Gertrud. Buenos,
á usted, y á la compañia
honrada, Señor Sargento,
se los deseo.

Los Sold. Señora,
hermosa, lo agradecemos.

Gertrud. Ahora mismo acaba de ir
á la Ciudad por efectos
para nuestra provision
mi madre, y quedé sintiendo
verme sola; conque en ver
á ustedes á qui, me alegro.

Sarg. Usted puede por sus gracias
naturales, por su aseo,

y por prenda destinada
á nuestro buen Compañero,
y Camarada Jacinto,
persuadirse á que en efecto
somos sus apasionados,
que servirla apetecemos.
Gertrud. Yo estimo tanto favor.
Sold. 1. ¡Qué muchacha!
2. ¡Es un portento!
3. La Reina de las hermosas.
¡Mirad qué cara, y qué cuerpo!
Jac. Yo doi á usted muchas gracias
por la fé, Señor Sargento,
con que me distingue. A usted
nada que decirla tengo,
porque si mi corazon
respira por vuestro aliento,
yá se vé que habeis de ser
de mi propia vida el centro;
y pues os adora mi alma,
¡qué han de explicar mis acentos!
Gertrud. Yo estimo á usted su fineza.
Si hablo de amor me averguenzo. *(ap.*
Si yo pudiera explicarle
todo aquel que le profeso,
tampoco creo cupiera
en la expresion. Lo confieso.
1. Un modo de enamorarse
como este, siempre fue opuesto
á mi gusto.
2. Por qué?
1. Porque
se gasta en voces el tiempo.
Hablar poco es lo mejor.
Yo de este modo me entiendo.
Sarg. Vaya, Señora Gertrudis,
usted nos hará el obsequio
de sacarnos dos botellas
de aquel vino bien añejo
Catalán, y á su salud,
yá que yá llegó el momento
de concluirse esta Campaña,
con gusto las beberemos.
2. ¡Qué agradable diversion!
1. ¡Es gallardo pensamiento!
Gert. Voi por ellas al instante. *se entra.*
Sarg. Las armas aqui dejemos,
y tendremos este rato
alegres. Sentarse.
Todos. Bueno. *se sientan al rededor de la*
Jac. Mi Sargento, ¿con que yá *(mesa.*
ha dado el General nuestro
la orden para retirarnos
en esta noche?
Sarg. Es mui cierto;
me lo ha dicho el Ayudante;
y yá se están disponiendo
en las Compañias todo
el menage. Mas yo creo,
que esta notica es á usted
mui agradable en estremo.
Jac. Es constante; porque asi
lograr mi licencia espero,
y aseguar aquel fin
tan dulce, á que tanto anhelo.
Sarg. Unirse con la Señora
Gertrudis: ¿no es verdad esto?
Jac. Si Señor, está tratado
hacer nuestro casamiento
apenas de aqui salgamos.
Ved, pues, si ocupará el seno
de mi corazon, tan dulce
novedad.
Sarg. Sí, yo lo creo. *sale Gertrudis con*
Gert. Aqui está el vino. *(las botellas.*
Sarg. Usted debe
echarnosle, porque entiendo
que el contacto de sus manos
hermosas le hará mas bueno.
Gert. ¡Qué lisonjas! Serviré
á ustedes con todo afecto.
Jac. Esta noche, mi Gertrudis,
marcha nuestro Regimiento.
Gert. ¡Ay Dios! ¡Qué me dice usted! *llena de*
¿Es verdad, Señor Sargento? *(gozo.*
Sarg. Esta noche, sí Señora;
pero ese es mucho contento.
Eh! no es estraño, las bodas
siempre causan este efecto.
Gert. ¡Ah, Jacinto mio! Yá *aparte.*
mi bien le miro completo.
Jac. ¡Aplauda amor mi ventura!
¡Mas ay! ¡Qué en vano pretendo *ap.*
olvidar el haber visto *á*

á mi Coronél!
Sarg. Supuesto,
Señor Jacinto, que usted
no prueba el vino, al momento
lleguese á la Prevencion, *(le dá un papel.*
y dé este parte, en que expreso,
que no ha habido esta mañana
novedad alguna: luego
podrá marchar á su tienda
á descansar, que mui presto
iremos tambien nosotros.
Jac. Siempre gustoso obedezco. *Toma el*
A Dios, Señores. A Dios, *(fusil, y lle-*
hermosísimo embeleso *(ga á Gert.*
de mi corazon.
Gert. Que no
tarde usted mucho le ruego.
Jac. No, bien mio, y entre tanto
á tus pies rendido dejo
este amante corazon,
que halla solo en tí su centro. *vase.*
Gert. Yo gustosa le recibo.
¡Qué galan es, y qué atento!
Sarg. Vaya muchachos, hagamos
á este licor puro y bello,
nuestro saludo, cantando
unas coplitas.
Todos. Cantemos.

Echan vino en los vasos, los reparten, y á la repeticion del coro de todos, tocan con los vasos, y beben.

Canta Sold. 1. Los Soldados valerosos,
fenecida la campaña,
mas aplauden las conquistas,
que estiman las retiradas.
Viva la gloria de Marte,
viva el honor de las Armas.
Todos. Viva la gloria de Marte, &c.
Sarg. Viva: Señora Gertrudis
por vuestra salud.
Todos. Lo mesmo
decimos todos. *beben.*
Gert. Yo estimo
vuestros atentos obsequios.
Sarg. ¿Lo estimais? Pues echa vino,
y la botella apuremos:
A su salud.
Todos. Repetimos *beben.*
viva de Marte el aliento. *despues de be-*
Sarg. Pues se concluyó el licor, *(ber.*
alon: las armas tomemos,
y mientras que nos releban
daremos otro paseo.
Gert. Que sea en las cercanias
de mi barraca.
Sarg. Os lo ofrezco.
Tomad, que yo pago, y quiera, *la dá*
Gertrudis hermosa, el Cielo, *(una mo*
que se emplee vuestra belleza *(neda*
con el que amais.
Gert. Lo agradezco.
Sold. 1. Y que deis á vuesta madre
una docena de nietos. *vanse.*
Gert. Para Felipe, y su amigo
disponer quiero el almuerzo.
¡Ah, Jacinto mio! En breve
esposo llamarte espero.

Se entra, y sale Jacinto agitado.

Jacint. Gertrudis:: Adentro está.
¡Valgame Dios, qué tormento
me confunde! ¡Qué ansias crueles
se apoderan de mi pecho!
¡Felipe::: no me he engañado,
y el que le acompaña, creo
que se dirigen aqui!
¡Qué bien fundé mis recelos!
¡Gertrudis, Gertrudis!
Sale Gert. ¿Quién
me llama? ¿Pero qué veo?
¿Qué es lo que tienes Jacinto,
que tan turbado te advierto?
Jacint. Degé el parte, y el fusil,
y á verte, mi bien, bolviendo
he visto que se dirige
Felipe el Tambor (yo tiemblo!)
con otro aqui.
Gert. Sí, es verdad;
me ha encargado que un almuerzo
para él, y su Camarada
les tubiese.
Jacint. ¡Cruél tormento!
¡Ah Gertrudis, tu virtud,

y tu inocencia están lejos
de conocer la malicia
de Felipe! Yo comprendo
que al que le acompaña, tú
no conoces.
Gert. No por cierto.
Jacint. Pues es:::.
Gertrud. Quién?
Jac. Mi Coronél,
que á verte viene encubierto.
Yo ayer mañana le ví
acechando ácia este puesto;
me detuve; con Felipe
estubo hablando en secreto,
y á tu barraca miraban;
y pues hoi buelve, receló
que no puede ser el fin
que traiga, Gertrudis, bueno.
Gert. Pero ¿qué fin puede traer,
que no sepa contenerlo
mi estimacion, y constancia?
Me ofendes si dudas esto.
Jacint. ¡Ay Dios! Yá los dos se acercan,
y esconderme aqui no puedo
sin que sospechen. Me voi;
pero apenas lleguen buelvo,
y oculto detrás de ese arbol,
tendrás mi favor, si hai riesgo.
Gert. Dices bien, Jacinto mio,
retirate, y te prometo,
que sea mi resistencia
su confusion, y escarmiento.

Vase Jacinto por detrás de la barraca, y salen el Coronél, disfrazado con un vestido chambergo pobre, y sable, y Felipe como antes.

Coron. Como algo distante está
en varios acampamentos
nuestra Tropa dividida,
y es tan temprano, me atrevo
á venir de esta manera
disfrazado; pues comprendo
que no podrán por aqui
conocerme.
Felip. Eso es mui cierto;
pero alli está nuestra moza,
llegemos á ella.
Coron. Lleguemos.
Buenos dias Señorita.
Gert. Bien venidos Caballeros.
Felip. ¿No ha venido mi muger?
Gert. No Señor.
Felip. Yo lo celebro. *aparte.*
¿Ni vuestra madre?
Gert. Tampoco;
y en verdad que lo deseo.
Coron. Por qué?
Gert. Porque me hacen falta
las cosas de que carezco,
y fue acomprar su merced.
Coron. Nada puede echarse menos
donde vuestra peregrina
belleza está, que en efecto
la mas hidrópica vista
se satisface con veros.
Gert. Las lisonjas no me alteran
porque sé lo que merezco.
El Coronél es. ¡Dios mio *aparte.*
asistidme en este empeño!
Coron. Hermosísima Gertrudis,
las verdades jamás fueron
lisonjas. Yo te aseguro
por esa nieve, que incendios
ocasiona en mi rendido
corazon::: *vá á tomarla la mano, ella (se retira.*
Gert. Esos estremos,
Señor Soldado, contenga,
pues tales atrevimientos
no se permiten en esta
humilde barraca.
Felip. Es cierto;
pero esto ha sido una chanza;
traiga usted vino al momento,
y los mejores bocados,
que oros son triunfos.
Gert. Por ello
voi al instante. ¡Ay Jacinto, *aparte.*
tu situacion compadezco!
Coron. Felipe, ¿qué me sucede?
Yo me abraso al vivo fuego
de sus ojos.
Felip. Pues Señor,
lo que á Usia sobra es tiempo

pa-

para chamuscarse. Ahora
contenerse es lo primero
para que no desconfie
la muchacha, que en estremo
es honrada, con que Usia
disfrace bien su ardimiento,
y sus expresiones, como
el trage que le ha encubierto.
Coron. Yo no sé cómo podré
observar esos preceptos;
mas yá buelve.

Sale Gertrudis con cuchillo, otras botellas, y servilleta.

Gert. Aqui está el vino. *(las botellas.*
Felip. Venga que eso es lo primero. *toma*
Coron. Yo tambien quiero ayudarte. *vá á to-*
Gert. Perdonad, no lo consiento; *(mar la*
pues mi obligacion, y oficio *(servilleta.*
es servir con todo afecto
á los que vienen á honrar
mi humilde barraca: buelvo. *se entra.*
Coron. ¡Qué graciosa es, y qué viva!
Felip. Su viveza es mucho cuento.
Puede arder en un candil
la muchacha: desde luego
si fuera posible hacer
un cambio, diera al momento
por ella mi muger propia,
y el pré de un mes. Mas yá advierto
que buelve, sentemonos,
y este licor provaremos.

Se sientan. Felipe bebe, y sale Gertrudis con dos vasos, que pone sobre la mesa.

Felip. Qué viene aqui?
Gert. Fricasé
de despojos de Aves.
Felip. Pero
qué aves son? tiples, ó bajos?
Gert. De gallinas.
Felip. Esto es bueno.
Y en este plato ¿qué viene?
Gert. Unas manos de carnero.
Felip. ¡Qué fortuna de animal!
Venir á parar sus huesos
en que se los chupe yo.
¡Quándo lo pensaran ellos!
Mas vamos echando un trago
á la salud del perfecto,
y eficaz poder de amor,
que sabe rendir los pechos. *bebe.*
Coron. Eso es justo; mayormente
quando es brindis en obsequio
del mérito peregrino
de esta niña: este embeleso
de mi amor: eche usted vino, *á ella, que*
y tú canta mientras bebo. *(lo hace.*
Felip. canta. Pues todo lo avasallan
las flechas del amor,
viva de la hermosura
el triunfo superior.
Coron. Viva, y viva mi Gertrudis,
que ha logrado de mi pecho
el triunfo, rindiendo todas
mis potencias.
Felip. Yo me alegro
de que haya alcanzado esta
niña tal merecimiento.
Gert. Con el permiso de ustedes.
Coron. Espera solo un momento;
porque mientras mas te miro
mas en dulce amor me enciendo.
Felip. Está este caparazon
que puede chuparle un muerto.
Bebamos. *lo hace.*
Coron. Toma la paga *la dá un doblon de*
de este delicado almuerzo. *(á ocho.*
Gert. Señor, yo no tengo cambio.
Coron. Tomale, que nada quiero.
Gert. Perdonad: ¿Un doblon de á ocho
no veis que es mucho dinero?
Felipe le cambiará,
y me satisfará luego. *le deja sobre la*
Quedaos con Dios. *vase.* *(mesa.*
Coron. Voi tras de ella
por si á mi alhago la venzo.
Ten cuidado si alguien llega,
y avisa. *se entra.*
Felip. Pero antes bebo:
tomemos esta onza de oro,
y ahora otro traguito echemos. *bebe.*

Jacinto se deja ver detras del arbol.

Jac. Sagrados Cielos, qué he visto!
¡El Coronél se fue adentro
siguiendo á Gertrudis! ¿Cómo
á este mal daré remedio?

Felip. Mas quiero yo dar á un vaso
lleno de buen vino un beso,
que hacer un cariño á una
muchacha. Mas ya me he puesto
capaz de batirme solo *se levanta bor-*
con un Egército entero. (*racho.*
En siendo General, que
segun los pasos que llevo
no discurro tarde mucho,
á fé de quien soi prometo
dar cada dia al Soldado
quatro quartillos y medio
de buen vino, y al Tambor
media arroba, pues con esto
será mi tropa la mas
valiente del Universo.

Jacint. Mucho tarda el Coronél,
y resistir más no puedo. *sale.*
Felipe, el Cielo te guarde.

Felip. Ola ¿Jacinto qué es esto;
tú por acá? Ven á echar
un traguito.

Jac. Lo agradezco.

Felip. Vén, y muerase la muerte.

Jac. No sabes que no lo bebo?
Del tercer batallon eres.

Felip. Y qué tenemos con eso?

Jac. Que te acomoda mui bien
el oficio de tercero.

Jac. Eso es llamarme alcahuete,
aunque lego bien lo entiendo.
Dame aqui satisfaccion
con el sable. *le saca con mucho trabajo.*

Jac. No te encuentro
capaz de reñir ahora;
puede lo estés en durmiendo.

Felip. Vive Dios te despanzurro,
si no riñes al momento. *vá acia Jacinto*
Pero tropecé y caí. (*y cae.*

Sale Jacinta. Ay mi marido! ¿Qué es esto?

Jacinto. Las acciones tan indignas
de tu marido, contemplo
que la muerte merecian;
pero estar como le advierto
ha podido contenerme.

Jacinta. Pues ha sido mui mal hecho,
que á un picaro se castiga
como quiera que esté.

Felip. Es cierto;
sobre que me quiere mas
mi muger que yo la quiero.

Jacinta. Vén, picaro, á la barraca
á dormir el lobo. *levantandole.*

Felip. Pero,
muger, si me arrempujaron,
dime, ¿yo qué culpa tengo?

Jacinta. Quándo te arrempujarán
los Diablos en el Infierno.

Felip. Dame, por Dios, hija mia
otro traguito.

Jacinta. Un veneno. (*se le lleva á la barraca.*

Jacinto. Ni escucho ruido, ni salen.
Mas yá venir los advierto.
La misma barraca sea
quien me oculte. ¡Cruél tormento!

Se oculta detrás de la Barraca, y sale Gertrudis, huyendo del Coronél.

Coron. Deteneos vida mia.

Gert. Yá he dicho á usted que primero
la vida sabré perder
que faltar pueda á lo honesto.

Coron. En tus manos solicito
jurarte mi amor sincero.

Jacinto. Fuerte lance!

Gert. Pues mi mano, *le toma de la mesa.*
y este cuchillo en mi pecho
abrirán puerta por donde
dar pueda el ultimo aliento,
si no os conteneis.

Coron. Tus iras
con mi fino amor desprecio. *vá á ella.*

Gert. No hai quien me socorra?

Sale Jacinto. Sí.
Dese usted al punto preso,
señor Soldado.

Coron. De qué orden?

Jacinto. De orden del Rei, que asimesmo
por sus Reales Ordenanzas

lo

lo manda en casos como estos.
Cor. Sabes quién soi?
Jacinto. Un Soldado
como yo no mas. No veo
en vos otra insignia: os hallo
violentando el honor terso
de esta infelíz, que el amparo
pide á su ultrage; y procedo
como el Rei, y mi honor mandan,
su claro honor defendiendo.
Cor. Pues yo soi tu Coronél.
¿Me conoces? *le enseña la venera.*
Jac. Os respeto
como á tal.
Cor. Pues vete al punto.
Jac. Usía deme el egemplo
retirandose.
Cor. Te atreves
á disputar mi precepto?
Jac. El honor asi lo exige.
Cor. Pues asi enseñarte debo
á obedecerme. *le dá un bofeton.*
Jac. Y yo asi *saca el sable, enviste, y el*
he de quedar satisfecho *(Coronél se de-*
de esta injuria. *(fiende.*
Cor. Temerario,
qué intentas?
Jac. Mi vituperio
lavar con tu propia sangre.
Gert. Tente infelíz que te pierdo,
y me pierdes para siempre.
Señor, por Dios deteneos.
Cor. Ah de la Guardia! Acudid
á este sitio.

Al ir Jacinto á dar un golpe al Coronél con el mayor furor, sale el Sargento, y su Patrulla.

Sarg. Pues qué es esto?
¡Mas qué miro! El Coronél:::
y Jacinto! Ola! Prendedlo.
Rindete, ó mueres, Jacinto.
Jac. Que aún quereis negarme, Cielos, *(ran.*
este alivio! Ya me rindo. *(da el sable, y le asegu-*
Gert. Ah Señor! Por Dios os ruego *(á él ap.*
que en vuestro pecho oculteis
un delito tan horrendo.
¡Compadeced mis suspiros,
y mi llanto!
Cor. Nada atiendo.
Atad luego á ese atrevido,
y llevadle al punto preso *le atan.*
á la Prevencion. La vida
le ha de costar este exceso.
Sarg. No hai delito mas atróz
que la falta de respeto,
y de subordinacion.
Gert. Ay de mí! Cómo no muero!
Jac. No me consterna este estado
tan desgraciado y funesto;
no haberte dado la muerte
solamente es lo que siento,
porque asi satisfacía
el insulto que me has hecho.
Vamos, amigos, llevadme,
que solo morir deseo.
Y en suerte tan infelíz:::
Gert. En tan tirano tormento:::
Cor. En injuria tan atróz:::
Jac. Juro:::
Gert. Aseguro:::
Cor. Prometo:::
Jac. Que sea eterna mi fé.
Gert. Que sea mi amor eterno.
Cor. Y mi venganza horrorosa.
Jac. Porque fiel:::
Gert. Fina:::
Cor. Y sangriento:::
Los tres. No pueda la misma muerte
olvidar lo que deseo.

JORNADA SEGUNDA.

Selva corta: el telon del foro será de tiendas de Campaña, habiendo una en cada bastidor de los dos primeros, y sale Jacinta.

Jac. DUrmiendo queda su lobo
el brivon de mi marido;
y entre tanto yo curiosa
examinar solicíto
á la parte que conducen
al desdichado Jacinto.

Su

Su culpa dicen que es grande;
y si acaso en este sitio
le detienen, no hai que hacer,
le pondrán al pobrecito
en el Consejo de Guerra,
y sin duda su peligro
será el mayor. ¡Qué dolor
me causa! Pero examino
que es la que aqui se presenta
para su mayor conflicto,
la señora Rosalía.
Pues á darla me anticipo
la noticia, que aunque es mala,
que la sepa es mui preciso,
para ver si á tanto daño
buscar puede algun alivio.

Sale Rosalía con algunos cestos que manifiesten provision para su barraca.

Rosal. Jacinta, fuera de tu
barraca, y en este sitio
á esta ora! ¿Pues cómo es esto?

Jacinta. Amiga, me ha conducido
aqui solo la desgracia
de nuestro pobre Jacinto.

Ros. Qué desgracia? Dila, acaba. *temblando.*

Jacinta. Una Patrulla me han dicho
que echó mano al infelíz,
y le ató; siendo el motivo
haber sacado su sable
contra el Coronél, que quiso
á vuestra hija sorprender
en su barraca.

Rosal. Qué he oído!

Sale Gertr. Ah madre mia! *corriendo, y se abraza á su madre.*

Rosal. Gertrudis,
hija mia, dí, ¿qué ha habido?

Gertrud. La mayor desdicha. Ese
monstruo sangrlento, ese impio
Coronél del Regimiento
de nuestro amable Jacinto
insultarme pretendió;
éste se opuso: atrevido
el Coronél le injurió,
precipitado, sin juicio,
y ciego: á ofensa tan grave,
tiró el sable vengativo
Jacinto: de él se defiende
su ribal: á su voz vino
la Patrulla, y le mandó
llevar preso, tan altivo,
que ha jurado que sus dias
acabará en un suplicio.
Yo, temblando como veis,
confundida, y sin destino,
corro::: Mas yá le conducen!
¡Vedle madre! Cruel martirio!

Rosal. Huyamos, hija, de verle,
á un estremo reducido
tan funesto. Yo no tengo
valor para ello. El peligro
á que está expuesto es inmenso,
no perdamos los propicios
momentos, que puedan darle
todo favor, todo asilo.

Gertrud. Vamos, Señora, y si acaso
librarle no conseguimos,
muera Yo, porque la vida
sin mi esposo no la estimo. *vanse.*

Jacinta. Por mas que quiera, tampoco
esperarle en este sitio
podrá la infelíz Jacinta.
Yá le traen! Pintado miro
el desconsuelo en su rostro!
Qué lastima! Pobrecito! *vase.*

Salen el Sargento, y los Soldados que conducen á Jacinto atado.

Sarg. Entre ahí el reo: vosotros
poneos de centinela,
con el mas grande cuidado
á la puerta de la tienda:
Y vosotros arrimad
las armas. Aqui me ordena *aparte.*
el Ayudante le traiga,
y que espere hasta que él venga
á traer otra orden: Todo esto,
y tener nosotros hecha
ya nuestra declaracion,
huele á Consejo de Guerra.

Jacinto. Si el sangriento Coronél
se valiese de la fuerza
que en sí tiene la Ordenanza,
y del furor con que alienta,

no

no hai remedio: esta infelice
vida preciso es la pierda.
¡Justo Cielo, protegedme,
pues conoceis mi inocencia!

Le entran en la tienda, y se ponen los dos centinelas atravesando los fusiles en su entrada, los demás arriman las armas.

Sarg. Juzgo que al pobre Jacinto
le llegó su ora postrera.
Abrir el ojo Señores. *á los Soldados.*
Cuidado con lo que expresan
las Ordenanzas, porque
al que las quebranta cuelgan.

Sale Rosalía, y Gertrudis mui agitadas.

Ros. Corre, hija mia, no creo
que el Sargento nos detenga.
Sarg. Señoras, tenganse ustedes;
¿dónde ván de esa manera?
Gertrud. Señor Sargento, por Dios
permita usted que nos vea
el pobre Jacinto. Deje
que acompañemos su adversa
situacion solo un momento.
Esto espero nos conceda.
Sarg. No puedo decir á ustedes
el tormento que me cuesta
el no poderlas servir.
Ustedes saben lo estrecha
que es mi Religion, Señoras;
la orden que yo tengo expresa
es de que no hable con nadie,
ni permita que le vean.
Gertrud. El buen corazon de usted
discurro que si pudiera
no me negára esta corta
satisfaccion; mas mi queja
se dirige á la crueldad
de aquel que así se lo ordena.
Y aun estoi bien persuadida
á que conspire su fiera
barbaridad á quitarle
la vida porque yo muera.
Rosal. El temor de ese peligro
mi corazon desalienta.
Sarg. Ah Señoras! Con razon
temeis esas consecuencias,
porque apenas fue arrestado,
el Coronél le dió cuenta
á su padre el General,
y al instante su Excelencia
dispuso que se formase
el proceso con aquella
prontitud que en la campaña
se estila, y se experimenta,
y mayormente en el caso
de retirada: con que estas
disposiciones, y haber
mandado se condugera
hasta otra orden aqui al preso,
claramente manifiesta,
que en aqueste mismo dia
se hará el Consejo de Guerra,
y se cumplirá tambien
la sentencia siendo adversa.
Gertrud. Ay Dios! Ese cruel dolor
mi corazon atraviesa.
Sale el Ayudante. Señor Sargento.
Sarg. Qué manda
usted, mi Ayudante?
Ayud. Atienda
esta orden. *hablan los dos aparte.*
Gertrud. Ay madre mia!
Qué mal tan grande recela
mi corazon!
Ros. No asi dejes
que te domine la fuerza
del sentimiento, esperemos
de la sábia Providencia
que ha de darnos, hija amada,
remedio al mal que nos cerca.
Sarg. Bien está, quedo enterado
de lo que aqui se me ordena.
Ayud. Conducidle en el instante
porque ya el Consejo espera. *vase.*
Sarg. Voi á obedecer: Por Dios
que esto vá con mucha priesa.
Rosal. Hai alguna novedad?
Gertrud. Sea próspera, ó adversa,
por Dios nos la diga usted:
Tened compasion de nuestra
situacion! ¿Puede saberse

la

la orden?
Sarg. No hai contingencia
en declararla, Señoras:
Se reduce á que está ya hecha
(pues en campaña estos casos
con gran prontitud se llevan)
la informacion, el Padrino
nombrado, puesta la tienda
en que debe celebrarse
hoi el Consejo de Guerra:
convocados los vocales,
que preside su Excelencia,
y despues el Brigadiér,
y que me mandan que sea
conducido al punto el reo,
sin que permitirle pueda
que le hablen en el camino:
la orden, Señora, es esta.
Gertrud. Infelíz Gertrudis!
Rosal. Hija:
Gertrud. Yo fui la primera
causa para que mi esposo
su preciosa vida pierda.
Ay Dios! Resistir no puedo
el dolor que me atormenta.
Sarg. Qué lastima de muchacha! *aparte.*
¡Me aflijo solo con verla!
Rosal. Hija no desperdiciemos
el tiempo. Vamos apriesa
á ver si el grande peligro
de Jacinto se remedia.
Sarg. Sí Señora, el mejor medio
es acudir con presteza
al General: es benigno:
tiene dadas muchas pruebas
en el poco tiempo que hace
vino á mandar su Excelencia,
de que es sensible á los gritos
de la humanidad: Se encueatra
en su magnánimo pecho
mui generosa clemencia:
A ustedes escuchará
tranquílo, y dandole cuenta
de todas las circunstancias
ocurridas: creo sepa
con minorar el delito
hacer mas leve la pena.
Rosal. Vamos hija, no perdamos
los momentos que nos quedan.
Gertrud. Vamos, si me lo permite
mi desaliento: la tierra
que nuestro General pise
sabré besar, porque atienda
mis dolorosos gemidos
en favor de la inocencia.
Por Dios pido á usted consuele
á ese infelíz, pues me cuesta
tantas lagrimas que pueden
enternecer á una piedra. *vanse.*
Sarg. Lo haré: los portafusiles
otra vez ustedes buelvan
á ponerle; mas cuidado,
pues aunque yo compadezca
su situacion, son precisas
todas estas diligencias,
y por él no he de exponerme
á perder yo mi cabeza.

Salen los Soldados, que conducen á Jacinto atado, y asidos de los portafusiles: puestos los fusiles á la espalda, y con sable en mano.

Jacinto. En tan rigoroso trance,
Soberana Providencia,
no abandoneis al que invoca
vuestro favor y clemencia.

Se le llevan mui despacio, y por el lado opuesto sale el Coronél.

Coron. Ya al Consejo le conducen:
mi venganza será cierta,
pues no le movió su honor
sino su vil pasion ciega. *Sale Gertrud.*
Gertr. Mi madre corre á los pies (*y antes*
del General: mientras llega (*habla al*
quiero ver si en este cruel (*bastidor.*
alguna piedad se encuentra.
Señor:: *llega á él.*
Coron. Qué pretende usted?
Gertrud. Qué quiere Usía pretenda
sino encontrar en su noble
y fiel corazon clemencia?
Yo solo, Señor, imploro
el favor de su grandeza

pa-

para el infelíz Jacinto,
y aguardo sensible sea
Usía á la humanidad,
y á quien en su asilo espera.
Coron. Y encuentra usted que sea justo
el perdonar la insolencia
de un temerario, un malvado,
que á mí se atrevió? Pues piensa
mui mal, Señora; ese reo
es digno de que padezca
todo el castigo que impone
la lei á su inobediencia.
Gertrud. Y no puede disculparle
Usía su inadvertencia,
ó sea, en fin, su atentado,
reconociendo que aquella
poca libertad con que
procedió fue ligereza
de un primero movimiento,
que la ira causa ó engendra,
mayormente al contemplar
puesta en su rostro su afrenta?
Este amargo sentimiento
hizo que desconociera
la elevacion del ribal,
y hoi lo sentirá por fuerza:
con que, Señor, esta falta
de respeto, de prudencia,
y de subordinacion,
Usía, si bien lo piensa,
por su propia estimacion
perdonarsela debiera.
Coron. Es verdad: la ira nacida
de una celosa veemencia
debo perdonarla, es esto?
Pues no hallo arbitrio aunque quiera
para servirla, Señora:
en el Consejo de Guerra
las facultades están:
espere de su sentencia
el bien, ó el mal, pues mi asilo
de nada puede valerla;
además, que los que son
temerarios escarmientan
con el castigo. En efecto,
si usted quiere que interceda
por la libertad del reo,
corresponda á mi terneza
amorosa; pero noble,
llena de ardor, mas honesta;
y puede ser que mi influjo
haga que el reo no muera.
Gertrud. Tal se atreve á pronunciar
vuestra injusta, vuestra ciega
barbaridad! Justiciero
sumo Dios, ¡cómo no vengas
esta crueldad tan atróz,
y esta insoportable ofensa!
No, inhumano, no: primero
que á esa ignominia sujeta
me mire: primero que
falte de mi pecho aquella
heroica virtud de mi
constancia, mi esposo sea
inmolado en las tiranas
aras de vuestra inclemencia.
Y aun sea mi propia vida
á vuestro rigor expuesta.
¿Mas qué digo? No Señor;
vuestro honor, vuestra nobleza,
no es posible sean capaces
de querer que una vileza
pueda ser quien proporcione
el iris á la tormenta;
que remedios tan indignos
á enfermedades tan ciertas,
mas ofende al que los dá,
que al mismo que las padezca.
Coron. Hermosa Gertrudis, yo
favorecerte quisiera,
mas no puedo: del Consejo
tu bien, ó tu mal espera. *vase.*
Gertrud. Barbaro, injusto, inhumano,
que abusas de esa manera
de tu sangre y nacimiento,
¡no te horrorizas, no tiemblas
de proponer un delito
para salvar la inocencia!
Teme aquel justo castigo
que merece tu impureza.
Morirá Jacinto, sí,
será tu venganza cierta;
mas no habrá dia, no habrá
instante en que tu conciencia
no te acuerde tu perfidia.
Se estampará de manera

su sepulcro en tu memoria,
que servirá de sangrienta
tortura que despedace
tu corazon, pues se niega
á la piedad. Este golpe
sufrirás, sí, pues mis quejas,
mis ayes conspirarán
contra tu perfidia; y estas
súplicas que al Cielo envio,
quizá queden satisfechas,
padeciendo mientras vivas
males, sustos, ansias, penas. *vase.*

Se descubre una gran Tienda de Campaña con la posible magnificencia, estendiendose hasta los bastidores, en la que ha de celebrarse el Consejo de Guerra: Habrá una mesa en medio, y sobre ella el libro de las Ordenanzas, papeles, escribanía, y campanilla: una rica silla en el lugar preeminente: otra en el mismo á su izquierda, y otra para los vocales. Salen el Brigadiér, Sargento Mayor, Capitanes, el Teniente, que es Padrino, el Ayudante, y otros Oficiales.

Brig. Señores, en este caso
insta la priesa, y estrecha
la eficacia, pues el orden
para marchar esta misma
noche se nos ha intimado
á todos por su Excelencia.
Sarg. Mayor. Las Ordenanzas previenen
que la falta de obediencia,
y respeto se castigue,
y pues el reo se encuentra
tan culpado, no debemos
indultarle de la pena:
Sin subordinacion ¿cómo
los Egércitos pudieran
subsistir? De la Milicia
todo el fundamento es ella:
tratese, pues, de esta causa.
Brig. No es posible hasta que venga
el General, porque quiere
que se juzgue á su presencia;
y yo llego á discurrir
que le conduce á esta Scena
lastimosa solamente
un impulso de clemencia,
porque como el ofendido
es su hijo, pienso pretenda
ver si por librar al reo,
algun justo arbitrio encuentra;
pero ya la marcha dice
que ha llegado su Excelencia. *tocan*
Ayud. El es sin duda. *(dentro marcha,*
Brig. Pues vamos *(cajas, y pitos.*
á recibirle á la puerta.
Sarg. May. Que presencie este acto estraño!

Pasan á recibir al Marqués, que sale con algunos Oficiales, y Criados, y estos se retiran.

Todos. Guarde Dios á Vuecelencia.
Marq. A Dios Señores: ¿Están
todas las cosas dispuestas
para este acto?
Brig. Sí Señor.
Marq. Yo espero que quanto sea
graciable sin quebrantar
las leyes de la conciencia,
ni de la ordenanza, al reo
infelíz se le conceda;
y pues el tiempo es mui breve
para el Consejo de Guerra,
tomad asiento: la causa
se proponga, y se defienda,
y confirmada al instante
se egecute la sentencia.

Se sienta el Marqués en el lugar superior: el Brigadiér á su izquierda, el Sargento Mayor á la derecha de la esquina de la mesa, y al otro lado el Teniente que hace de Padrino: los Capitanes, dos en cada lado: el Ayudante, y los otros Oficiales quedan en pie: habrá un banquillo al lado derecho para el reo.

Marq. Hable el Mayor, para que
los demás hacerlo puedan
á su tiempo. *Se levanta, y des-*
Sarg.May. Ya obedezco. *(cubre para to-*
Las Ordenanzas enseñan *(mar la venia,*
que es la subordinacion, *(se buelve á*
quien forma la subsistencia *(sentar, y se*
de los Egércitos, y esto *(cubre.*

lo

lo acredita la experiencia:
al que á ella falte le imponen
el castigo que la regia
legislacion encontró
por mui conveniente, y á esta
disposicion no se puede
faltar en la mas pequeña
circunstancia: Esto supuesto,
el reo que hoi se presenta
á este Tribunal, lo es
de una culpa tan horrenda
como la de haber usado
de arma contra la mesma
persona del Coronél:
asi lo afirma, y contesta
la Patrulla que le puso
preso, pues le vió con ella
queriendole herir; y pues
es por su naturaleza
tan criminal, tan horrible
este atentado, es bien tenga
el reo el justo castigo
que su atroz delito aprueba;
y para su egecucion
no es facil se le conceda
mas tiempo que aquel preciso
que en campaña se dispensa
para que se reconcilie,
que asi muchos escarmientan.

Marq. Es verdad: á la Justicia
se ha de dar la preferencia,
mas por esto la piedad
no es bien de vista se pierda;
que aunque en el sumo Hacedor
estas dos iguales sean
en su infinita bondad,
siempre parece supera
de algun modo á la Justicia
su soberana clemencia:
con que asi, Señores, siendo
el reo, segun me expresan,
un Soldado de valor,
honrado, y que su prudencia,
y espíritu ha acreditado
en ocasiones diversas,
atiendase á su delito,
y á su merito se atienda:
dónde está el reo? Ayudante.

Ayud. Señor, esperando afuera.

Marq. Pues haced que éntre al momento.
Qué obligacion tan tremenda!

El Ayudante pasa al bastidor, hace señal, y sale Jacinto en chupa, y casaca con la Partida que le conduce, la que se vá á la voz del Ayudante, desatandole antes.

Ayud. Retiraos.

Marq. Hombre infelíz,
en ese lugar te sienta:
tu atentado horrible escucha,
y dá claras las respuestas
á las preguntas que te hagan.

Jacinto. Inefable providencia,
vuestra infinita bondad
mi corazon fortalezca.

Marq. Juras á Dios, y á tu Rei
no mentir en la materia
en que seas preguntado?

Jacinto. Sí lo juro; dura pena!

Brig. Cómo te llamas?

Jacinto. Jacinto.

Brig. Tu apellido?

Jacinto. Villanueva.

Brig. Y quando sentaste plaza
fué voluntario, ó por fuerza?

Jacinto. Con toda mi voluntad.

Brig. Qué edad tienes?

Jacinto. Creo que llega
á veinte y quatro años, no
cumplidos.

Brig. Dí, de qué tierra
eres?

Jacinto. Soi de la Ciudad
de Fraga.

Brig. Y tomaste en ella
plaza?

Jacinto. En Zaragoza.

Brig. Tienes padre?

Jacinto. Murió en la postrera
campaña.

Brig. Y qué tiempo habrá
qué sirves?

Jacinto. Ya por mi cuenta
cumplí tres años.
Marq. Y quál
tu intencion, infelíz, era
quando contra el Coronél
faltandole á la obediencia
sacaste el sable? Sin duda
no quisiste hacerle ofensa.
Jacinto. No Señor, yo saqué el sable
para mirar satisfecha
la que él me hizo.
Marq. Cómo?
Jacinto. Cómo?
dandole muerte sangrienta.
Marq. De este modo ignorarias
las Ordenanzas, que enseñan
á respetar á sus Gefes,
pena de la vida. Es fuerza
que se haya pasado mucho
tiempo sin que te las lean.
Jacinto. Todos los dias, Señor,
en la Compañia nuestra
un Sargento las leía,
y yo sé bien lo que ordenan.
Marq. Quizá que con la alegria
de que acabada se observa
esta Campaña, que marcha
tu Regimiento, y que llega
el momento de poder
á tu Patria dar la buelta,
algun licor beberias
que perturbó tu cabeza.
Jacinto. Ni vino, ni otro licor
que perturbarme pudiera
probé jamás.
Marq. Qué dolor! *aparte.*
El es el que se condena
mas que su propio delito:
no hai remedio; fuerza es muera.
Mira que nada respondes,
hijo, que te favorezca.
Jacinto. Quanto tengo que decir
he dicho yá.
Marq. Su entereza, *aparte.*
y noble semblante, que
acreditan su sincéra
declaracion, me lastiman,
y el dolor mas me acrecientan;
pero no encuentro recurso
que su desgracia contenga:
hable el Padrino del reo.
Teniente. Solo al Consejo de Guerra *(se levanta, y descubre para hablar.*
haré presente, Señor,
que jamás hubo una queja
de este Soldado en el tiempo
que hace sirve, y por la mesma
razon no tuvo tampoco
la repreension mas ligera.
Que ha servido exactamente,
distinguiendose en diversas
ocasiones entre todos,
como asi lo manifiestan
haberle herido dos veces
en las funciones que en esta
pasada Campaña ha habido.
Por lo que mira, y respecta
al descargo del delito
que se le nota, quisiera
para cumplir con mi oficio,
fundando bien su defensa,
que me la hubiera expresado;
pero queriendo saberla
de su boca, respondió,
que en el caso de tenerla
á esta Superioridad,
él mismo la haria. En prueba
de esta verdad, al Consejo
suplíco, que le haga fuerza
para que declare quanto
á su defensa convenga.
Sarg. Mayor. Ninguna puede tener
á vista de las respuestas
que él mismo ha dado al Consejo.
¿Y para qué mayor prueba?
Marq. Mas sin embargo, escuchemos
su disculpa: nada temas
infelice, y á favor
tuyo habla, no te detengas.
Jacinto. Señor, solo decir puedo
que me cansa, y me molesta
esta vida, á quien confunde
un inmenso mar de penas.
Callaré que el bofeton *aparte.*
me dió, pues tan grande afrenta,

y

y sin poderla vengar,
es peor que la muerte mesma.
Yo sé que es inexorable
la lei; sé que me condena;
sé que el delito me arrastra,
y sé que mi suerte adversa
no tiene, Señor, remedio;
y asi en esta inteligencia,
solo suplíco al Consejo,
y espero me lo conceda,
que no quiera sentenciarme
á una cruel muerte que sea
ignominiosa por sí;
y no será en vano advierto,
que para esta peticion
justos motivos se encierran
en mi pecho, que no puedo
en situacion tan funesta
declarar. Sola esta gracia
espero de vuestra recta
justificacion Señor
Excelentísimo. Tengan
mis lagrimas este alivio;
que asi postrado en la tierra,
de vuestro gran corazon
creo que este honor merezca.
Muera yo como Soldado *aparte.*
afrentado; mas no muera
como quien soi, padeciendo
mas que en la muerte en mi afrenta.

Marq. Alza del suelo. Confia
del Consejo en la clemencia.
¿Qué es lo que falta?

Brig. Señor,
que á su prision se le buelva
al reo, que la Ordenanza
que habla de su culpa lea
el Mayor; y que se dé
segun dicte la sentencia.

El Ayudante hace seña, entran los Soldados que condugeron á Jacinto, le buelven á atar, y se le llevan: vanse igualmente el Ayudante, y Oficiales.

Marq. Despejad.

Jacinto. Dios mio, si esto
me conviene á tu suprema
voluntad, la mia está
pronta, rendida y sujeta.

Brig. Leed, Mayor, la Ordenanza.

Sarg. May. Dice: Al Soldado que ofenda
á su Gefe, se le corte *toma, y lee*
la mano derecha, y muera *(en el libro.*
ahorcado, para escarmiento,
en lo que tanto interesa
el Real Servicio.

Brig. Un suplicio
como ese, pide por fuerza
mucho mas tiempo, y debiendo
al instante que anochezca
el Regimiento marchar,
no hai lugar para que sea
muerto de ese modo; y aunque
tres horas se le concedan
de capilla (pues asi
en la Campaña se observa)
para disponerse, como
confirmar nuestra sentencia,
con vista del Auditor,
debe despues su Excelencia;
para egecutarse, creo
faltase el tiempo por fuerza;
y por mas egecutivo
vóto, que pasado sea
por las armas.

Capitanes. Eso mismo decimos.

Brig. De esa manera
no es necesario votarlo,
sino firmar.

Marq. Que no pueda *aparte.*
á este Joven desgraciado
librar de la muerte!

Brig. Muera
alcabuceado. *firma, y lo mismo los*

Marq. Qué amargas, *(Capitanes.*
qué terribles, y funestas
pensiones! La humanidad
clama, y no es facil la atiendan.

Brig. Solo resta confirmar
por Vuecencia la sentencia,
vista por el Auditor,
para que su efecto tenga.

El

El Marqués toca la campanilla, y sale el Ayudante.

Ayud. Qué mandais, Señor?
Marq. Llevad,
para que al punto la vea,
esa causa al Auditor;
y decidle la debuelva
con prontitud. *se la dá.*
Ayud. Bien.
Brig. Si acaso
se confirma la sentencia,
que pongan en la Capilla
al reo, y que esté dispuesta
la manga de Granaderos
que ha de tirarle: Usted vea
las armas, y los cartuchos
para que estén como ordena
la militar disciplina;
y apenas concluído sea
el suplicio, el Regimiento
desfile con marcha lenta
á la vista del cadaver,
que aunque la noche por fuerza
ya habrá llegado, omitirse
no puede esta diligencia.
Pase luego á incorporarse
sin que en nada se detenga
á la Brigada que mando,
y siga la ruta mesma,
que dice el Itinerario
que ha estendido su Excelencia.
Ayud. Voi enterado de todo.
Marq. Pues es preciso obedezca
este acto del real servicio,
dadme tiempo porque pueda
ver solo lo que he de hacer
en situacion tan funesta.
Brig. Gustosos obedecemos.
Dios prospere á Vuecelencia.
Todos. Para bien de sus Soldados,
y honor de la Patria nuestra. *vanse.*
Marq. Valgame Dios! ¡Qué inquietud
tan nunca vista se encuentra
en mi triste corazon!
¿Qué confusiones son estas,
y quién las produce? Ignoro
quién son, y la causa de ellas.
Este Soldado en su rostro
ser delincuente no muestra;
pues el delito que acusa
es el que al semblante altera;
y no hai Juez tan rigoroso
como la propia conciencia,
que aquel de una vez castiga,
pero muchas veces ésta.
Entre la Ordenanza, mi hijo,
y un joven á quien se observa
mi corazon inclinado,
¡qué haré para que se viera,
sin daño de la Justicia,
elevada la clemencia!
¡Mas cómo es posible! Si::: lencia.
Gert. dentro. Yo he de hablar á su Exce-
Marq. Olá?
Sale un Criado. Qué mandais Señor?
Marq. Dime, qué voces son esas?
Criad. Una joven agitada,
triste, afligida, y resuelta,
dice que se la permita
ponerse á las plantas vuestras,
ó que si no despechada
se dará muerte violenta.
Marq. Qué dices? Darse la muerte?
Corre, vé, á mi presencia
al momento la conduce. (*vase el Criado.*
Quizá de importancia sea
lo que me quiera decir:
¡mas mi inquietud se acrecienta!

Sale Gertrudis corriendo, y se arroja á los pies del Marqués.

Gert. Señor, vuestros pies::: Ay triste!
Aun respirar puedo apenas.
Marq. Calma tu afliccion: recobra
el aliento que atormenta
infelíz joven tu pecho:
dilo, y tu rostro serena,
confia en mí, que si puedo
haré terminen tus penas.
Gert. Señor, mi grande afliccion,
y verme á las plantas vuestras,
con un afecto secreto,
que á compreenderlo no acierta

mi

mi corazon, me han quitado
todo el uso de la lengua.
Marq. Sosiegate: ¡Yo no sé
por qué tanto me interesa
la afliccion de esta infelíz,
que á consolarla me empeña!
No te detengas. Levanta.
Hablame claro. Sosiega.
Gert. Compadeceos, Señor,
de mi situacion adversa,
porque al mayor precipicio
desesperada me lleva.
Vuestra bondad solamente
puede calmar la tormenta
que mi barbaro destino
me ofrece para que muera.
Para arrojarse conmigo
á vuestras plantas excelsas,
mi madre me acompañaba;
pero á la fuerte violencia
de un desmayo constituida,
fue preciso la bolviera
á nuestra pobre barraca,
adonde ignoro si alienta.
Pues porque la dilacion
el efecto no perdiera,
que de vuestro generoso
corazon mi llanto espera,
he corrido hasta llegar
donde me oiga Vuecelencia.
Marq. Dí, qué quieres?
Qué inquietud *aparte.*
en mi corazon se observa!
Gert. Ese Soldado, Señor:::
ese infelice::: Las fuerzas
me faltan! Es: *sale el Criado*
Criad. Esta causa *(con los papeles.*
manda el Auditor que en vuestras
manos se ponga. *se los dá.*
Marq. Está bien.
¿Si aprobará la sentencia? *(ap.) la mira*
Triste joven! Confirmada *(y se aflige.*
viene yá! Y firmarla es fuerza! *(pasa á*
¿Mas qué es esto?¿Dios inmenso, *(la mesa*
por qué asi se desalienta *(con desaliento.*
mi corazon? Al tomar *toma la pluma.*
la pluma la mano tiembla!
¡Mas qué he de hacer si es preciso
que á mi obligacion atienda! *firma.*
Toma, dala al Ayudante. *se la dá.*
Criad. Voi, Señor. *vase.*
Marq. Prosigue. ¿Qué era
lo que me decias de ese
Soldado?
Gert. Que su inocencia
le lleva al suplicio, que
su muerte no será pena,
sino víctima inmolada
á la crueldad mas sangrienta
de un poderoso enemigo.
Y siendo vuestra clemencia
tan propensa á proteger
al que inocente se encuentra,
este Soldado merece,
Señor, todo el favor de ella.
Marq. Sabes su culpa?
Gert. Su culpa
no señor, su suerte adversa,
su virtud y honor sí sé.
Esto es lo que en él se observa.
Marq. Si quiso á su Coronél
dar muerte.
Gert. Eso no se niega,
pero fue, Señor, porque
esperando que yo fuera
su esposa, porque mi madre
á su honradez siempre atenta,
ya le habia dado el sí,
y yo un alma que le aprecia;
quiso oponerse, Señor,
al rigor, y á la violencia
que intentó contra mi honor
su Gefe; cuya respuesta
á las súplicas que le hizo
primero fue una vileza,
pües con un bofeton cruel
que dió en su rostro le afrenta.
Y de un primer movimiento
arrastrado, y ya dispuesta
con tantos antecedentes
la cólera, le presenta
el luciente sable, para
que de este modo no hiciera,
ya que la gravó en su rostro,

agitacion me sorprende!
Gert. No os detengais, madre amada,
corred á verle.
Rosal. Quién puede : : :
¡Pero qué miran mis ansias!
Marq. Infelíz Condesa, llega,
en estos brazos te enlaza.
Gert. Oh felices desventuras!
Rosal. Mi confusion, las palabras
no me deja articular!
¿No sois vos (¡quién tal pensara!)
el Marqués de la Colina?
Marq. Sí, dulce esposa. Esa gracia
por mis servicios debí
á nuestro invicto Monarca,
para hacerme mas felíz,
al retirarme de Italia.
Mas mi nombre, y apellidos
son Don Juan Guzmán de Lara,
aquel, amable Condesa,
que ingrato á su fé jurada
abandonó : : :
Rosal. A la infelíz
Rosalía, y desgraciada
Condesa de Villa-Serna,
por tu perfidia ultrajada!
Sí, hija mia; este es mi esposo,
y tu padre. ¡La distancia
de un General, á una pobre
Vivandera, y la mudanza
de su nombre, y apellidos
por su titulo, fue causa
de ignorar lo que hasta aqui
ha estado sintiendo mi alma!
Mas yá conozco á mi dueño,
cuya imagen, aunque ingrata,
en mi tierno corazon
siempre ha estado conservada.
Y enlazandome en sus brazos: : : *al ir á*
¡Mas dónde el placer me arrastra! *(hacer-*
¿Dime, pérfido, pretendes *(lo se detiene.*
otra vez con tu inconstancia,
engañar á esta infelice?
¿Cómo tu esposa me llamas,
si te casaste, hombre infiél,
y dejaste abandonada
tu primera obligacion?
¡Ay Dios! ¡El aliento falta!
Marq. Adorada esposa mia,
no mas rigor: basta, basta.
Escucha solo un momento
verás mi fé acreditada.
Despues de que de tu vista
me separó mi desgracia,
á Italia pasé, y mis padres,
sin mi gusto, y con estraña
violencia, mi casamiento
trataron con una Dama
de aquel País; y por el Rei
fue tal union aprobada.
Mi mano sacrifiqué
á esta obediencia tirana;
y aunque siempre reservé
este corazon que te ama
á mi obligacion primera,
con la mas noble constancia;
no tube valor jamás
para darte tan amarga
noticia. Estando yo ausente,
llegaron, mi bien, tus Cartas
á manos de mi Consorte.
En ellas cuenta me dabas
de tu triste situacion;
á mi deslealtad culpabas
ofendida, y tu razon
ingrato, é infiel me llamaba.
La pasion celosa en ella
de modo obró, que entregada
toda á la melancolia,
fue tan eficaz, y rara,
que á los dos años murió,
dejando antes á mi Casa
heredero, en ese joven,
que es de vuestras quejas causa.
Como por su muerte fue
preciso que me entregára
de sus papeles, entonces
fue quando ví tu desgracia;
y en tus letras los testigos
que mi explendor eclipsaban.
En tal estado, y mirando
ciertas yá las esperanzas
de poder dar cumplimiento
á la obligacion, que instaba

á mi corazon, y á aquel
fino amor que te guardaba
en mi pecho, partí al punto
(¡ay Rosalía!) á tu Patria.
¡Pero con quánto dolor
supe tu precipitada
fuga! ¡No es posible puedan
explicarlo mis palabras!
Por saber tu paradero
hice diligencias varias;
¡pero en vano! ¡Y hoi el Cielo,
despues de fatigas tantas,
permite te halle! Mas tú,
hija mia desgraciada,
¡qué delito cometiste
para verte en tan infausta,
en tan triste situacion,
abatida, y sepultada
en el seno del olvido!
¡Esta reflexion amarga
cubre mi pecho de horror,
y este triste llanto causa!

Gert. ¡Ay amado padre mio!
¡Yo era fuerza que pasára
tantas penas y aflicciones
para lograr dicha tanta
como hoi el Cielo benigno
en estos brazos me guarda!
Pero, Señor, yá no es tiempo
de sentir mas. Las desgracias,
y las penas padecidas
en diez y ocho años, se cambian
hoi en júbilos. Corred
á mi madre, que os aguarda
llena de gozo, y perdona
vuestras injurias pasadas.

Marq. Si esa fortuna consigo,
para felíz, ¿qué me falta?
Pero ah! que mi culpa es grande,
y es preciso confesarla!

Rosal. Pero mi sincéro amor
á perdonarte me arrastra. *corre á él,*
¡Bendiga el Cielo estos justos (*y se abra-*
abrazos, que á tí me enlazan! (*zan.*

Marq. ¡Sí hará, Rosalía! Yo
felíz, pues vivo en tu gracia.

Rosal. Siempre el arrepentimiento
borra las culpas. Mas para
solemnizar este dia,
concede, esposo, una gracia
en favor de un infelíz,
expuesto á morir sin causa.

Gert. Sí, padre mio. Hasta ahora
la naturaleza sábia
mis afectos ha movido;
pero yá desde aqui clama
para que Jacinto viva
otra voz no menos blanda.

Marq. Aunque no fuera su culpa
tan noble, como causada
por defender tu decoro,
vuestra proteccion bastára
para atenderle; mas todas
las facultades me faltan.
Por el Consejo de Guerra
sentenciado, y confirmada
por mí la sentencia, solo
el Rei puede rebocarla.

Gert. ¡Ay desdichado Jacinto!
¡Y hai Gertrudis desdichada!

Sale el Coron. Señor por lo que respecta
á mi Regimiento, dada
la orden tengo para que
levante el campo, y la marcha
siga esta noche, despues
de que se vea efectuada
la justicia de ese Reo.
Y ustedes creo que faltan *á las 2 colé-*
á la orden, porque debieran (*rico.*
haber hecho se quitáran,
pues yá lo están las demás,
sus infelices barracas.

Marq. Yo he mandado se detengan,
para que las satisfaga
mi amor de la ofensa, que
hacer á su honor pensabas.
Sí, mal hijo, tu imprudencia
solo aspiró á deshonrarlas,
y solo en honrarlas pienso:
¡horroricete la infamia
que ibas á hacer! ¿Y con quién?
¡Miserable! Con tu hermana;
con mi hija, que es ésta; y esta
la Condesa desgraciada

 de

de Villa-Serna, mi esposa,
y su madre. ¡Tiembla, y halla
en tu confusion castigo,
pues la virtud infamabas!
Coron. ¡Qué he escuchado, justos Cielos!
¡Sueño, ó deliro! ¡Mi hermana
es esta, y de Villa-Serna
la Condesa vos, que tantas
penas á mi amado padre
ha causado vuestra falta!
Marq. Sí, traidor: mira, y conoce
á quien injuriar pensabas.
Coron. ¡Ah, dulce hermana! Ah, Señora!
A vuestros pies : : :
Rosal. No, levanta,
hijo, á mis brazos.
Coron. En ellos
mis respetos se consagran.
Y en los tuyos, este hermano,
su suerte felíz, y grata
felicita. Sí, Señor;
sí, padre amado: la rara
virtud, perfeccion, honor,
y todas las circunstancias
de mi querida Gertrudis,
de tal modo me arrastraban
á quererla, que aunque yo
por su virtud lo reusaba,
indeliberadamente
parecia que una causa
oculta me conducia
con dulce violencia á amarla.
Mas por mi honor aseguro
que este cariño, esta llama
amorosa, los honestos
límites no quebrantaba.
Esta noble inclinacion
tan natural, tan hidalga,
si entonces notarla pudo
la malicia de libiana,
ahora la razon la abona,
y la prudencia la ensalza:
con que yá, hermana querida,
como á tal, deja que salga
mi amor de mi corazon;
y con fraternal constancia
pagame lo que te quiero,
manifestando que me amas.
Gert. Sí, hermano querido mio,
yo te amo con la eficacia
que inspira la sangre que
nos une; mas la desgracia
de Jacinto, por tí sea
en felicidad cambiada.
Coron. Ese es el dolor, Gertrudis,
que mi pecho despedaza,
al ver su infelice suerte,
y no poder remediarla!
Si consistiera su vida
en mi sangre, derramára
toda por él, ahora que
conozco, que yo dí causa
á que su valor bolviese
por el honor de mi hermana.
Bien, que aunque viviese, yá
contigo no se enlazára,
que entre la nuestra, y su sangre,
hai infinitas distancias.

Sale el Ayudante con una Carta.

Ayud. El Reo que está en Capilla,
Señor, me entregó esta Carta,
con orden de que á Vuecencia
al instante que espirara
se la diese, y por si importa,
no he querido retardarla.
Marq. Demela usted. *la abre, y lee para*
Gert. Ay Jacinto!
Hoi mi dicha, y tu desgracia
suceden. ¡Mas si tú mueres,
toda mi dicha me falta!
Marq. Qué dolor! *leyendo.*
Ayud. Señor, qué es eso?
Marq. Cruél desdicha! Suerte amarga!
Todos. Señor : :.
Coron. Padre, qué sucede?
Marq. Lee, infiel hijo, lee esa Carta,
y verás á lo que han dado
tus temeridades causa!
Mas yo la leeré, porque
te confunda el escucharla.
Lee. Excelentísimo Señor: Pues quando V. E. vea este papel, yá habre yo espirado, no tengo inconveniente en po-

ner en noticia de V. E. que soi el Conde del Rio, que por un lance de honor, dí muerte en desafio á un Caballero de mi Patria; de la que habiendome ausentado, tomé plaza en este Regimiento para estar mas desconocido. Poco tiempo hace que dí noticia de hallarme en él á un hermano mio; el qual en su ultima Carta me decia esperaba de un dia á otro mi indulto: y pues mi destino me ha puesto en términos de que no me sea util, solo suplíco á V. E. dé aviso á mi hermano, que se llama Don Pedro de Silva Sarmiento y Villanueva, de mi desgracia, para que éntre en el goce de mis Mayorazgos, siendo mi voluntad asista con la quarta parte de lo que produzcan á la Señora Rosalía, y á su hija Gertrudis, con la que tenia tratado mi casamiento, si verificaba la nobleza, que me aseguraba su madre heredaba, y yo reconocia en la virtud y honor de ambas. Asi lo espero del favor de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años. Don Jacinto de Silva Sarmiento y Villanueva, Conde del Rio.

Gert. Ay Dios! La pena me ahoga!
Jacinto de toda el alma!

Rosal. Infelíz y noble joven
sacrificado sin causa!

Ayud. Yo he quedado confundido.

Coron. Yo absorto.

Marq. Tú eres de tantas
angustias que nos rodean
el traidor motivo! Aparta
de mi presencia, sangriento
feróz hijo! Vete, no me hagas
que tome en tí mi despecho
tan inaudita venganza,
que á todos sirva de egemplo.
¿Mi esposa, y mi hija entregadas
á tan acervo dolor,
y sin poder consolarlas
en esta ocasion? Qué pena!
El corazon se me arranca!

Ayud. Su esposa, y su hija! Mi asombro
cada vez mas crece! *aparte.*

Marq. Marcha,
huye de mí!

Coron. Sí, Señor:
teneis razon! Mas mis ansias *aparte.*
la vida me han dequitar,
ó al Conde es preciso darla.
Venga usted con migo. Ahora
fuerza es cumplir con mi fama,
con mi padre, con su esposa,
con el Conde, y con mi hermana. *vase.*

Ayud. Con permiso de Vuecencia,
pues mi Coronél me aguarda. *vase.*

Marq. Hija, esposa, á tal dolor
no es justo esteis entregadas.

Gert. Qué fortuna tan costosa
me ha concedido mi grata
suerte! Encuentro un padre amable,
y pierdo un dueño que amaba.

Marq. El justo Cielo nos dé
el consuelo que nos falta;
y supuesto que desde hoi
conocidas, y obsequiadas,
qual sangre mia sereis,
venid donde esas alhajas
pobres, por ricos adornos
cambieis en fortuna tanta.

Rosal. Eso puede hacerse al punto,
pues conservo en mi barraca
un cofre con varios trages
de los que usaba en mi casa,
y ahora servirán en esta
fortuna tan no esperada.

Gertrud. El mio será un eterno
luto, que cubra, y deshaga
este triste corazon,
pues mi Jacinto me falta.

Marq. Vamos, y en tan crueles penas:::

Las dos. En tan tremendas desgracias,

Los tres. O acabe mi sentimiento,
ó esta vida tan amarga. *vanse.*

El teatro representa el acampamento. A un lado se verá la tienda, que sirve de Capilla, con las centinelas á su puerta, en la que tendrán atravesados los fusiles. Jacinto estará oculto en ella hasta su tiempo: Detrás

trás de la qual se verá á lo largo Tropa descansando sobre las armas. El Sargento estará paseandose desviado algun trecho de la tienda, haciendo estremos de sentimiento.

Sarg. Pobre Jacinto! ¡El dolor
de su situacion infausta
me tiene sin mí!

Sale el Ayudante al bastidor.

Ayud. Preciso
es hacer lo que me encarga
mi Coronél: yo bien sé
que me expongo, si se alcanza
este proyecto á saberse:
pero yá di mi palabra.
Señor Sargento. *sale.*

Sarg. Usted mande
mi Ayudante.

Ayud. Cómo se halla
el Reo?

Sarg. Bien afligido.
Desde que escribió la carta
que á usted dió, no hace otra cosa
que para el paso que aguarda
tan terrible, disponerse,
y llorar con eficacia.

Ayud. Miserable!

Sarg. Mi Ayudante,
por verdad mui cierta pasa
en el Egército, que
aquella pobre muchacha,
y su madre Rosalía,
que Vivanderas se hallaban
aquì, son esposa, é hija
del General.

Ayud. Ahora acaba
el Coronél de enterarme
de todas las circunstancias
de ese caso, y es mui cierto.

Sarg. Pues de ese modo, esperanza
puede haber de que Jacinto
viva.

Ayud. Pus usted se engaña.
Solamente puede al Reo
darle la vida el Monarca.
¿A qué fue usted al Quartel
general?

Sarg. Que le llamára
el Coronél, me encargó
el Reo.

Ayud. Y vendrá?

Sarg. Palabra
me dió de ello.

Ayud. Pues no hará
al Reo, ni al acto falta.
Yá obscurece. A advertir voi
á la Tropa de la marcha
qué en tal caso debe hacer.
En el momento usted haga
que alerta las centinelas
estén; disponga la manga
que deberá conducirle,
y que bien unida vaya.
Voi á que el Coronél vea *aparte.*
que observo lo que me manda.

Sarg. Sea enhorabuena. Ustedes
dejen esa puerta franca,
para que Jacinto tenga
tan corto alivio en sus ansias.

Se separan las centinelas de la puerta de la tienda, quitando los fusiles, y sale á la puerta Jacinto con grillos.

Jac. Señor Sargento, yo estimo
como es debido, esta gracia.

Sarg. Asi pudiera aliviarle
en todo, aunque me costára
verter mi sangre.

Jac. Lo creo.
Qué hora será?

Sarg. Yá son dadas
las siete.

Jac. Pues de ese modo,
discurro que mucho tarda
la orden que se está esperando
para tocar la llamada;
pues creo que el Regimiento,
despues de mi muerte marcha.

Sarg. Como ahora se hace de noche,
la prisa no es demasiada.

Jac. Qué respondió el Coronél?

Sarg. Que vendria.

Jac. Dios lo haga!

Sarg. De Gertrudis, y su madre *aparte.*
no quiero decirle nada,
porque en esta ultima hora
la alegria le alterára.
Pero ácia aquí el Coronél
viene.
Jac. Dios mio, os doi gracias;
pues dejaré con su vista
mui quieta y tranquila á mi alma.

Sale el Coronél, y el Sargento pasa á recibirle.

Coron. Señor Sargento.
Sarg. Señor.
Coron. Vaya usted, porque le aguarda
el Ayudante en su tienda.
Sarg. Voi á ver lo que me manda. *vase.*
Coron. Ustedes retirense *á los Centinelas,*
un poco: ¿á qué usted me llama? *(que lo*
Digame quanto quisiere *(hacen, y lle-*
con franqueza, y sin tardanza, *(ga á Ja-*
porque ahora son los momentos *(cinto.*
de muchísima importancia.
Jac. Lo sé, Señor; mas yo tengo
mi voluntad resignada
á la de Dios, y la muerte
me asusta mui poco, ó nada.
Llamo á Usia para que
un favor, entre otros, me haga.
Coron. Decid.
Jacint. Pues suplíco á Usia,
que me perdone la falta
de respeto que le tube;
y la cruél, y temeraria
pasion de darle la muerte
para lograr mi venganza.
Con esta satisfaccion
quedará tranquilizada
mi conciencia. Perdonadme,
y muera yo en vuestra gracia.
Coron. Querido amigo, yo debo
pedirte perdon: abraza
al que tu enemigo fue,
y á tu tragedia dá causa.
¡Cree que quisiera encontrar
arbitrio, que te sacára
de este conflicto!
Jac. Lo creo;
y para que acreditada
vuestra expresion quede, hacedme
otro favor.
Coron. Mi palabra
te lo asegura, Jacinto.
Jac. Pues Señor, desamparadas,
sin proteccion, y afligidas,
por mi suerte tan infausta,
la Señora Rosalía,
y Gertrudis, su hija amada,
es fuerza queden. Yo tengo
ideas mui bien fundadas
para asegurar que son
de clase bien elevada.
Este juicio, y la virtud
que en hija, y madre encontraba,
me movieron á que aquella
diera la mano, y palabra
de ser su esposo. El destino,
que todo lo muda y cambia,
no permite que yo cumpla
con la obligacion jurada,
que contrage; y asi espero,
que Usia, por una gracia
de su bondad las proteja,
las atienda, cuide, y haga
que tenga efecto lo que
le suplíco en una Carta
(que despues de mi suplicio
será en su mano entregada)
al Señor Marqués su padre.
Deme Usia la palabra
de que lo egecutará,
y no me será pesada
la amargura de la muerte,
que por instantes me aguarda.
Coron. Noble amigo, yo te ofrezco
que se mire acreditada
tu súplica.
Jac. De ese modo,
nada, Srñor, me acobarda. *dentro tocan*
Mas ay Dios! Yá el fin postrero *(llamada.*
llega á mi vida! Llamada
tocan las cajas y pitos,
y mi tragedia declaran.
Coron. Pues ánimo, amigo mio,

y tened mucha confianza
en Dios, que dá los consuelos
al que á sus piedades clama.
Yá te dirá el Ayudante
cierta cosa: ten confianza
en ella, que te aseguro
se cumplirá. Yo hago falta
para que tenga su efecto.
A Dios. *vase de priesa.*

Jacint. El me asista en tanta
afliccion! El Ayudante
me dirá, que remediadas
quedan por mi Coronél
esas pobres desgraciadas.
Asi lo creo. ¡Dios mio,
fortaleced mas mi alma!

Salen el Sargento, y Saldados.

Sarg. Quitad los grillos al Reo,
y vamos, porque yá aguarda
el Regimiento formado.

Jacint. Providencia Soberana,
pues me criasteis para vos, *le atan, y sa-*
en vos tengo mi esperanza! (*can al teatro.*
¡Derramad vuestras clemencias
sobre mí! Si á aquel que os llama
teneis dicho asistireis,
yo os llamo: vuestra palabra *con mucho*
se cumpla, Señor; mi llanto (*desaliento.*
lo pide, y mi fé lo aguarda.

Se le llevan: tocan la marcha cajas y pitos, retirandose poco á poco bien lejos: y despues de emplear algun momento sale Jacinta.

Jacint. Aunque á las mugeres es
la curiosidad tan grata,
y me estimula la mia
con imperiosa eficacia
á presenciar la justicia,
que á tantas gentes arrastra,
del infelice Jacinto;
al verle, tan lastimada
su presencia me ha dejado,
que no tengo valor para
seguirle al suplicio. Malo, *tocan marcha*
yá le conducen. ¡Qué amarga (*á lo lejos.*
carrera lleva! ¡Infelíz! *llora.*
Pobrecito de mi alma!
La Señora Rosalía,
y su hija, despues que acaban
de encontrar tan buena suerte,
como estar yá declaradas
por esposa, é hija de
nuestro gran General, hallan
esta pena. ¡El mundo quando
dá un gozo, un susto prepara!
Mas con su Excelencia vienen,
las oiré aqui retirada.

Se retira al fondo del teatro, y salen el Marqués, y Rosalía con polonesa de color, deteniendo á Gertrudis, que vestirá luto, trayendo el pelo tendido, mal prendida, y haciendo fuertes estremos de dolor. La marcha se oirá siempre mui lejos.

Gert. No, no penseis detenerme,
mi corazon solo aguarda
morir á su lado. Ay Dios!
¡Padres, dejadme que vaya!

Marq. Hija, detente.

Rosal. Gertrudis,
buelve en tu juicio. Repara:::

Gertrud. No, Señora: sin mi esposo
me es la vida dura carga.
¡Dejadme verle por Dios!

Marq. No, hija mia; esa desgracia,
ese espectáculo triste,
sin duda te horrorizára:
no pudieras resistir
una vista tan amarga.

Gert. Nada puede contenerme:
mi esposo á gritos me llama,
permitidme que le vea,
y moriré consolada. *hece fuerza para*
¡Pero, Cielos, yá sin duda (*irse, dejan*
llegó al Suplicio! Me falta (*de tocar, y*
el aliento! Yo fallezco! (*se detiene.*
¡No, barbaros, no esa amada
vida, crueles acabeis!
Deteneos: vuestras armas
contra mi aliento emplead,
y viva el dueño de mi alma,
y dulce esposo. El silencio
del campo, las atezadas
sombras con que cubre al dia